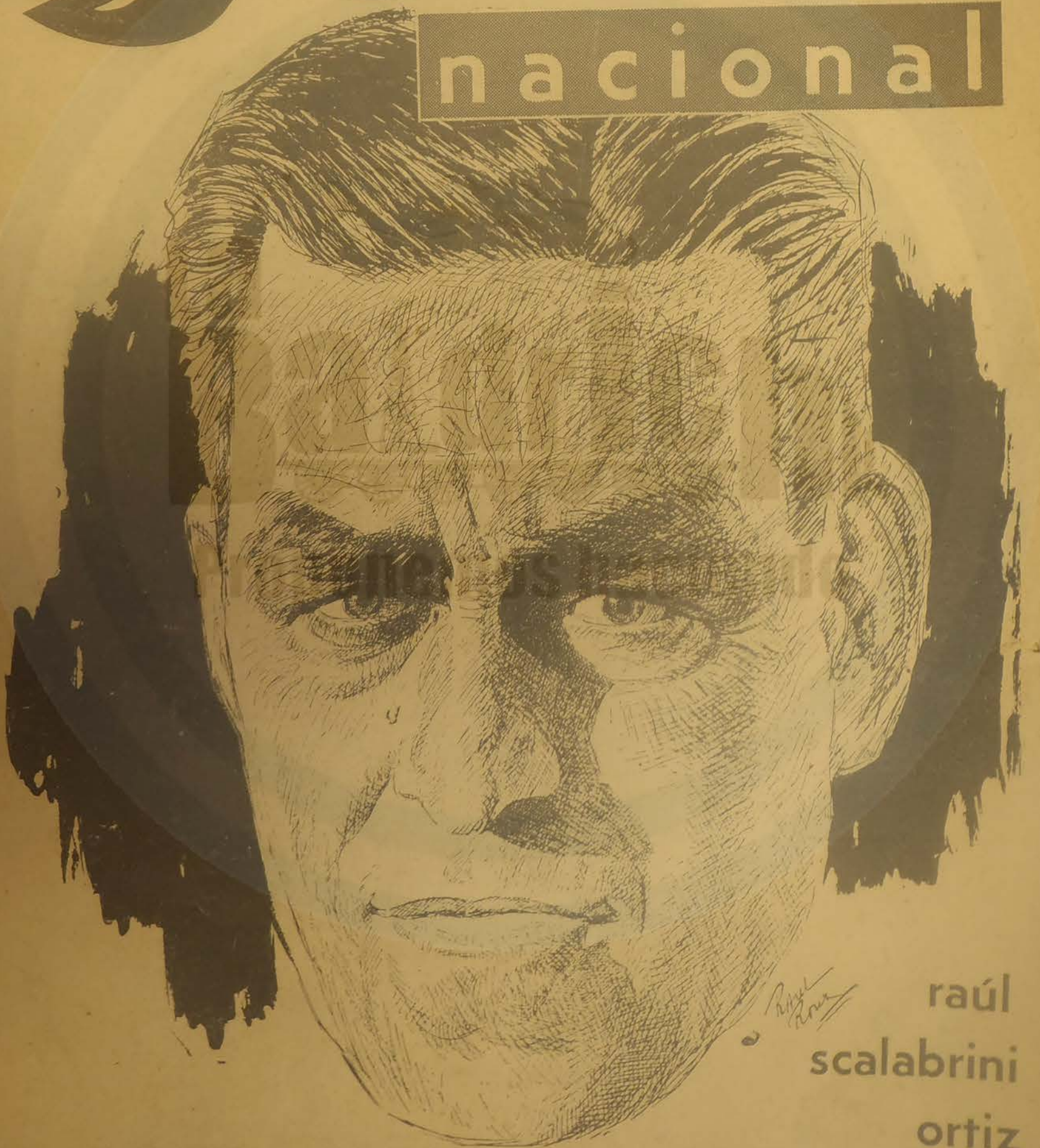


sem

nacional



Raúl Scalabrini
raúl
scalabrini
ortiz

ser nacional

revista del seminario de estudios sociales

de la

fundación raúl scalabrini ortiz

secretaría de redacción:

vicente trípoli y mario massouh

dibujos y viñetas: raúl roux.

dibujo el logotipo: raymundo e. garcía.

colaboraron en este número: julio ellena de la sota, fermín chávez, josé maría rosa, mario massouh, vicente trípoli, alicia eguren, tulio pavón pereyra y gerardo soinié.

la correspondencia relacionada con la revista deberá dirigirse a nombre de: "ser nacional", calle tucumán 1475, 3er. piso "d" buenos aires.

los artículos de las páginas 8, 12, 16, 20 y 22 corresponden a los discursos pronunciados en el acto de homenaje efectuado el 26 de junio de 1959, en S. T. I. A., calle estados unidos 1532, buenos aires, en colaboración con la agrupación gráfica sindical (lista verde).

nº 1 - setiembre de 1959.

registro de la propiedad intelectual en trámite
impreso en COGTAL, rivadavia 767, capital.

SER NACIONAL", nace a la vida pública por la voluntad de los hombres de una generación en marcha. Digamos nuevos hombres, nueva generación. Como está impregnada del alma nueva de los argentinos, es hospitalaria y su gesto es amplio; dentro de sus fines propuestos, que son los de difundir, analizar y exponer los problemas argentinos con sentido nacional, y tratar de hallar o sugerir soluciones en la medida de lo posible, teniendo presente, siempre, los intereses fundamentales de nuestro pueblo. Esa última aseveración es la primera de todas, y fue el impulso que llevó al nacimiento de "SER NACIONAL", la revista que sostiene y pone a la consideración general el SEMINARIO DE ESTUDIOS SOCIALES DE LA FUNDACION "RAUL SCALABRINI ORTIZ". El nombre mismo de la institución está indicando cuáles son las preceptivas a que ajustará su acción, y su numen nos está diciendo el concepto de lo nacional —de Nación— por donde llegar a fines concretos.

ESTE primer número de SER NACIONAL sale a la luz dedicado exclusivamente al recuerdo de Raúl Scalabrini Ortiz. Lo cual no significa simplemente recordar y luego olvidar, sino que este hecho lleva implícito un compromiso —diríamos mandato— de continuar con la prédica esclarecedora del gran patriota muerto en su ley. Su ley —victoria de la nación libre y soberana frente a las fuerzas imperialistas económicas y políticas— es nuestra ley. La de ahora y la de siempre.

SER NACIONAL" se compromete a no defraudar al hombre de la esperanza como fue Don Raúl. Porque su fe, su creencia, su esperanza en el triunfo de la nueva emancipación argentina coincidía y coincide con la del Pueblo Argentino. Tenemos nosotros también la creencia de que sabremos cumplir con nuestro deber. Limpios de corazón y de espíritu nos ponemos desde ahora a la tarea ya vieja de restituir los valores nacionales, como si solamente ahora comenzáramos por primera vez. "SER NACIONAL" en sus números sucesivos dará pruebas de esta verdad tácitamente expresa en su nombre: de ser como nación.



semblanza humana

Proponemos haciendo

LA hermosa Corrientes, hermosa y heroica, vió nacer a Raúl Scalabrini Ortiz. Y ese paisaje con extrañas remembranzas para los argentinos de hoy, dejó en la tela sensible de su espíritu un impacto de lo nacional, que fue tomando carácter férreo en la medida del tiempo. Tenía la expresión de un sentimiento profundo, de manifestación tan evidente a los ojos de cualquiera, tan mezclado en su sustancia con una humildad nativa y secreta, que sorprendía a todos, haciéndonos ver cómo dentro de una forma humana sencilla se conmovía y agitaba rebasándolo una lava de volcán.

Este hombre apasionado había aprendido a sujetar de tal manera sus fuerzas interiores, que las disimulaba para comodidad del inter-

locutor con travesuras de muchacho sin historia que quiere seguir siéndolo. Mas quienes lo conocieron, lo leyeron y lo escucharon en su largo andar para sacudir y cortar los nudos gordianos de nuestras imposibilidades, sabían bien cual era su drama y en qué consistía su esperanza. Su drama de la impotencia nacional por desarrollarse en todos los ámbitos de su grandeza, y su esperanza en destruir las causas de nuestro infradesarrollo poniendo en claro a la luz de cualquier entendimiento las razones con las cuales teníamos el derecho de sublevarnos.

AQUEL muchacho deportista y estudiante que vino a Buenos Aires a seguir su camino de universitario rompió todos los moldes previstos, se salió de los carriles

comunes y ya antes de doctorarse en cualquier disciplina se convirtió en el hombre que iba a forjar con entrañable decisión su propio destino. De este hecho surgió una consecuencia ideal: si el hombre americano puede elegir su camino con voluntad educada para ese fin, la patria también, en manos de sus propios hijos, podía elegir y llevar a buen camino las proposiciones concretas de su propia libertad. ¿Podía ser?

Raúl Scalabrini Ortiz, hombre joven, inició consigo mismo la experiencia, dándose a la tarea, en primer término, de auscultar las vísceras espirituales del hombre argentino, comenzando por dejar constancia con "El hombre que Está Solo y Espera", de un arquetipo. Con el conocimiento de la levadura podía hacerse el pan de nuestra hambre. A esta experiencia literaria le siguió el estudio del desarrollo analítico, paso a paso, con pelos y señales, de la historia de nuestro colonialismo. La "Historia del primer empréstito" y la "Política británica en el Río de la Plata", conjuntamente con ese desmesurado esfuerzo investigador con el cual reveló la otra y auténtica "Historia de los ferrocarriles argentinos", estructuran los resultados de su in-

academias culturales. Muy al contrario. Retrataríamos muy mal su personalidad si pensáramos tal cosa de él. Su libertad consistía en la liberación concreta del ser nacional, de tal manera que con ella en los puños pudiera labrar su bienestar individual, su justicia social, su dominio de la tierra y de los mecanismos materiales, visibles y sutiles del gobierno, del Estado Nacional.

QUEDO conforme con su obra esclarecedora Raúl Scalabrini Ortiz? Pensamos que sí, aún sabiéndolo un eterno desconforme. Después de su última gran campaña periodística contra el imperio del coloniaje económico, luego de sus imparables estocadas en el corazón mismo de las organizaciones opresoras y sus agentes, nosotros, sus amigos y discípulos de siempre, vimos que la mirada del batallador se iba haciendo cada día más humana. Parecía haberse transmutado en sus ojos el paisaje de su tierra natal, pero como si ese paisaje hubiérase aposentado detrás de su persona, como si aquellos ojos humanos del patriota se hubieran consustanciado ahora con sus ríos, con sus llanuras, con sus montes



vicente trípoli

tima y no disimulada pasión por el hombre y la tierra argentinos.

QUIZA en algunos momentos de retraimiento, en donde se quedaba y demoraba para recontar un poco su propia suerte de argentino insatisfecho de la realidad circundante, debió pensar muchas veces en lo flaco de su esfuerzo y en la inmensidad de los poderes que tenía al frente. Si lo dominó alguna vez el desánimo, nunca lo dejó traslucir, porque tuvo la revelada certeza de que una vez puesto el Pueblo en conocimiento del sabotaje a su destino, él mismo hallaría los cauces por donde desembocar furiosamente en el mar de su libertad.

LA libertad propuesta por Scalabrini no era —claro está— la de los teóricos de la democracia argentina, quienes pululaban en los partidos políticos y en los ateneos y

nativos. Como si su ser íntimo ya se hubiera hecho tierra. Extraña revelación esa, que aún llevamos en el corazón como el último de sus mensajes de amor a la patria que nos vió nacer. ¿Y cómo hemos de olvidarlo? ¿Podremos algún instante sentirnos nosotros también identificados con el país del Hombre? ¿Seremos capaces de jugar el naipe de nuestra vida, como lo hizo Scalabrini Ortiz? ¿Somos hijos de una nación eterna? ¿Seremos capaces de crear formas de cultura propias para un Pueblo inmortal? ¿Desertaremos de nuestro destino? En nombre de Scalabrini, no desertaremos. La decisión es nuestra, nos pertenece. Entonces realicémosla...

Ahora lo vemos otra vez a don Raúl, ir contento por las calles de la ciudad, de nuevo con nosotros, y nosotros con él, del brazo con la libertad del Pueblo. Esa es, fué y será su ambición y la nuestra.

julio ellena de la sota



la guerra propia y el final en sombras

LA vida, la minúscula y la cotidiana, la que halla sustento en el contorno y se nutre del acaecimiento, es una formidable engendradora de mitos. La fantasía, y la más pura y esplendorosa, surge ante nuestros pasos de la vulgaridad. El mito tiene por madre a una fregona. Pues bien, entre los mitos cotidianos, quizá el más trivial y vulnerable es el que sustenta al periodismo. Prometeo irrisorio, cree en su libertad encadenado, en su poderío siendo un esclavo, en sus virtudes sirviendo su propio hígado al primer cuervo aventurero. El periodismo de nuestro tiempo supone, dígame lo que se diga, la libertad de pronunciar palabras hermosas y de rendirse ante los imperativos de un cosmético.

PERO hubo un hombre que creyó en la misión y en la importancia del periodismo y lo transformó en quijotería esencial, en guerra propia. Se llamó Scalabrini Ortiz. Existe por cierto otro, que prosigue dando lúcidos tumbos por estos mundos y que es el Padre Leonardo Castellani, pero eso es otro tema.

Cómo conciliar lo anteriormente dicho sobre el mito de un periodismo inexistente, halagado por quienes lo humillan y enzalzado por quienes lo esclavizan?... ¿Cumpliendo casi siempre con trágico destino de corista barata? Pues, volviendo un poco atrás.

El mito periodístico propone al joven una deliciosa tentativa. La de una jubilosa inmersión en la vida. Se trata, entonces, de narrar la libre aventura del hombre de hoy, de su instante mismo; tal como es, carnal, maravilloso anónimo y desvenurado. La crónica del pormenor cotidiano, promete el cobro de las piezas de una cinegética ideal, torna al hombre en el alca-balero de viento de las Indias legendarias. Mas, y demasiado pronto, el periodista conoce la fricción de la vida, su desgaste seguro, invisible en su saña como la rádula del caracol. Ya se amodorra en la noticia; ya muere, Narciso vencido por la instancia persuasiva, tremebundamente adormiladora, de una tendencia política o de un jabón de olor. Yo he visto los más nobles periodistas, los convivenciales, los que amaron al individuo no como abstracción sino como rostro y nombre, perecer emparedado entre los rígidos bloques de un dentífrico o morir despeñados por algún diputado analfa-

la guerra
propia

6

beto. De la adecuación a las imposiciones del conorno, a las directivas del director, a las fatalidades de la política, surge el éxito periodístico. Es decir, el periodista triunfa cuando se torna en instrumento dócil de intereses ajenos. Existe, cuando deja de ser. Cuando se transforma en Jules Dubois, por ejemplo.

Scalabrini Ortiz eligió el fracaso.

CREO que fue Camille Mauclair —tan tonto antes ciertas cosas— que acertó en lo relacionado con Mallarmé. En la teoría del fracaso voluntario. Un hombre puede, deliberadamente, heroicamente, proponerse el sacrificio supremo, condenarse a la inmolación. Claro está que en la apariencia poco tienen que ver el tierno y secreto Mallarmé, con su sonrisa tímida y su burla escondida, con Scalabrini, hombre de acción y de combate. Pero en la apariencia no se asemejan porque la fraternidad los une sobre territorios infrangibles. Una elige la poesía para fracasar arrastrándola hacia su suprema tentativa. La poesía, por milagro de Dios, limita con el silencio. El otro elige la guerra personal, el periodismo por arma y la soledad, la espantosa soledad, por premio.

Este Don Quijote, que prefirió al final extraviarse en sí mismo, perderse en el misterioso silencio de sus propios meandros, a la debilidad del manchego recuperando la humana estolidez para atravesar el umbral supremo, hizo de los diarios sus Rocinantes. Gordos y lustrosos unos, corceles de casa grande, briosos otros, de vida breve y dura; cojitranco los más, siempre perseguidos por sus administraciones y sus publicidades, sus políticos y su financiero. Scalabrini fue redactor de La Nación, de El Mundo, de Noticias Gráficas, de El Hogar. Poco le importaba el carácter de las publicaciones con tal de utilizarlas como instrumento para la expresión de sus ideales.

No debe haber sido por cierto muy cómodo este paladín con guerra propia, poco dado al conformismo fácil y a la resignación histórica. El hecho es que se larga por entonces a la lucha, pero ya desde sus propios bastiones. En plena década infame, surge en Buenos Aires como una nova sugeridora y temible que habría de iluminar de fe y de esperanza durante cuarenta y ocho días mente y corazón de la patria, el diario "Reconquista". Scalabrini desenmascara, pega, tunde, estremece e ilumina. El feroz paternalismo extranjero muestra sus lacras, los benefactores se tornan en viejos lúbricos, los patriarcas muestran su expresión torva y su mueca repugnante. Muchos próceres intocables, del antes y del entonces, parecen sorprendidos en perpetuo trance de calambre. Scalabrini pega justo, como en el ring. Es un gran aventador de sombras y de miasmas. El mal olor le tiene miedo.

SEÑALES", más tarde, en 1933; después "El Líder", "El Federalista" y "De Frente", señalan a través de los tiempos la trayectoria de este hombre duro en la lucha, seguro en las ideas y sencillo en la amistad.

"Qué señalaría el lugar de su combate postrero. En 1956, hasta 1958, prosigue allí sus campañas en procura de la soberanía y de la redención nacional. Renuncia en los días en que se consideran los convenios petroleros y se llega a concesiones de Cade, Ansec, Dinie, Bemberg, etc.

Ha llegado a ese instante de la vida en que se confunden asco y cansancio. Scalabrini Ortiz, agotado ya, se aleja, pero no para recobrar la lucidez común, la resignación del plumífero y su acatamiento a los deleites, el sueldo o la jerarquía. Se aparta para sumirse en sí mismo, para penetrar ya en los estratos más hondos de su propio ser. Se aleja de la vida, pero sin estrépito ni reclame, por la otra puerta.

Nada le ha quedado de su lucha; ni dinero ni dignidades. Cuando tuvo una motocicleta —le agradaba sin duda ese petardeo alegre, esa fruición precipitada de vida, esa disnea del camino desde su máquina estrepitosa— la vendió para editar un folleto. Quizá con la venta de su motocicleta nosotros logramos comprar los ferrocarriles. Y también la dignidad nacional y el derecho de poseer un pueblo recuperado para la patria.

Curioso destino el de este solitario que vivió para la multitud, raro destino el de este periodista, este gran fracasado, que vivió —cosa más extraña aún entre colegas— para la verdad.

la soledad
por
premio

final
en sombras

7



alicia eguren

el hombre que está solo y espera en la definición del ser nacional

NO resulta difícil hablar de Scalabrini Ortiz, pero sí doloroso, porque nos abandonó cuando más lo necesitábamos. Hablar de Scalabrini Ortiz es como hacer la crónica de varias generaciones de argentinos que lucharon dolorosamente por la plasmación del ser nacional.

Al hacer la crónica de nuestras luchas, de nuestros desánimos, de nuestros triunfos, de nuestros fracasos, lo encontraremos en nosotros mismos y lo descifraremos con la verdad con que él nos descifró a través de su búsqueda apasionada.

Lo recordamos como historiador, como sociólogo. Pero hay algo que

distancia a Scalabrini de sus compañeros de generación: su lenguaje. Es que su lenguaje, aun en los trabajos más especializados tiene una fuerza de origen que está más allá del idioma técnico. Scalabrini terminó siendo historiador, sociólogo y economista. El comienzo de su búsqueda no es accidental y adjetiva, sino sustantiva, búsqueda del ser. Scalabrini fué, antes que nada, un buceador del ser, un desconocido metafísico. No fue un profesor de filosofía, ni fue un erudito. Poseído por una ser de absoluto, por una elemental angustia, marcha hacia los orígenes, salta por sobre los accidentes, parte la cor-

teza de barro cocido de la ciudad, la cáscara misteriosa de la tierra a la cual vive asido, descubre los cimientos al crearlos, y desde allí empieza su lucha con inagotable fe.

"Tierra sin nada, tierra de profetas" es el libro en que está contenida la clave de Scalabrini. Mitad prosa y mitad verso, pero todo poesía de una potencia sin antecedentes. Poesía, lenguaje "con la fealdad del germen", poesía en la cual está contenida toda la posibilidad de la planta.

Scalabrini llegó a la militancia de la revolución nacional a partir de la búsqueda de sí mismo, de la búsqueda de nuestro ser como argentinos. Esa lucha por los ferrocarriles y por el petróleo es el final de un áspero camino.

No tenemos tiempo ni posibilidades para estudiar la "carta espiritual" que dió nacimiento a la reflexión sobre el ser de los primeros filósofos griegos. Pero sí conocemos las fuentes, los problemas y el clima de una sociedad dominada por una oligarquía colonialista en materia económica y cultural en la cual surgió el metafísico Scalabrini Ortiz.

"Tierra sin nada, tierra de profetas", como un "Discurso del Método" pero antiirracionalista, comienza por la autobiografía de su alma en lo que tiene de más sustantiva.

Es la explicación verdadera del desasosiego y las contradicciones de tantos argentinos oscuramente frustrados, de tantos seres llenos de posibilidades destruidos por "la ciudad de barro cocido", de tantos hombres y mujeres en los cuales se está plasmando el ser nacional sobre la devastación de sí mismos. Su vida, nuestras vidas, no han sido una unidad sino sucesión de minutos, porque les faltó el elemento plasmador de la fe. Pero a la fe no se llega sino por la vía del conocimiento, ya que "cada creencia implica una concepción integral del mundo". Y así comienza el relato de su aventura interior, más emocionante que cualquier obra de ficción, relato sin literatura ni orfebrería, proeza de un argentino en busca de una verdad argentina en los intersticios de un engranaje veraz y extranjerizante.

La historia de su viaje a través de su propio laberinto, que también es el de su pueblo, culmina con el alumbramiento de una fe so-

bre la cual asienta su obra: "Que los hombres de esta tierra poseen el secreto de un fermentación nueva del espíritu".

El relato del alumbramiento de esa fe, que es la razón última de toda nuestra lucha, es la historia de su apasionado recorrido por toda la tierra, por toda su historia, por los escondidos vericuetos de su alineación y entrega. En su desasosiego, en su alejarse de América en busca de perspectiva y proyección, en ese devorarse, en ese desnudarse arrojando de sí la Babel raquílica y cartaginesa de nuestra vida de superficie, reside la raíz de su fuerza y autenticidad. El es todo nosotros.

A partir de esa fe, Scalabrini, el antisistemático, el antiintelectual, esquematiza no un sistema, sino un camino que lo lleve hasta el espíritu, "que es la perla de la realidad". Y por la vía del espíritu, llega hasta el concepto y la vivencia de Dios. Dios "sin culto, sin teología ni ex-votos". Dios, "que es una constancia en la anarquía sin nombre del acontecer".

Aquel ir y venir cuajado de posibilidades, aquel desasosiego tan auténtico, aquella verdad nuestra y tan real que no encontraba su boca, que no encontraba sus manos, por fin halló su forma. La criatura tiene su cuerpo. Un cuerpo de barro amasado con verdes jugos de la tierra. La criatura tiene su espina, una calcinada y agria espina que permanece. Scalabrini combinó las claves pero también las creó. Y también nosotros que somos sus hijos, que somos él mismo, que somos el espíritu de la tierra reproducido en pequeñas criaturas, sabemos que cuanto creó es Verdadero. Que esa es tierra sólida hecha a nuestra medida tan modesta.

El creador Scalabrini quiere ahora comunicar su verdad. Su verdad es una verdad de esencias para la cual hay que crear un lenguaje para transmitir, más que transmitir, "para transfundir esencias". Y ese lenguaje no puede ser sino la imagen. Ese idioma que es poesía, y poesía de los orígenes es el que nos golpea en Scalabrini, el que lo mantiene emotivo y permanente cuando nos historia el proceso de la dominación británica en el Río de la Plata, el negociado de los ferrocarriles o el problema del petróleo.

surge el
metafísico

el creador
comunica
su verdad

9

EN 1951 publica "El hombre que está solo y espera", "Una Biblia Porteña". El hombre de la fe nueva busca formas nuevas para desentrañar la esencia del ser nacional.

Por eso este no es un libro de sociología, ni de costumbres, ni de crítica social, ni de "ensayos" en el sentido convencional y clásico. Empieza por ser una forma nueva co-

el hombre que está solo y espera en la definición del ser nacional

mo literatura. Está muy cerca de Macedonio Fernández. Perdonando la posible ampulosidad del término, es una metafísica, pero una metafísica de los argentinos. Sin mitos folklóricos ni convencionalismos tradicionalistas.

Scalabrini, que ha logrado dar forma al caos y plantar un hito seguro en el torrente del acontecer, debe crear ahora al protagonista, debe crear al hombre, debe crear el arquetipo. Así nace el **Hombre de Corrientes y Esmeralda**. Esa esquina de Corrientes y Esmeralda es el centro sentimental, topográfico y cultural de Buenos Aires, así como Buenos Aires es el centro geográfico, cultural y sentimental de la Argentina. Buenos Aires, adonde, de una manera u otra van a reflejarse, van a repercutir los acontecimientos todos de la Patria.

Ese hombre, que es todos nosotros, es el argentino esencial.

El libro es una larga, amorosa, una rapsódica definición de ese hombre.

Ese hombre es un "multígeno", es decir, un producto del entrecruce de las razas que le dieron origen. Pero es, somos, todo lo contrario de un híbrido. Eso, el **Hombre de Corrientes y Esmeralda**, es el objeto de la tan humana fe de Scalabrini. El, con su morosidad y su holgazanería, él, el gran demorador de todas las cosas es quien

incuba, en este extremo austral del hemisferio, una forma nueva del espíritu.

En "la ciudad petiza de barro co-sido", y en el país inmenso hay cosas que trascienden a ese "hijo de nadie que tiene que prologarlo todo". Y en primer lugar el "espíritu de la tierra". Las categorías adquieren en Scalabrini una realidad mágica y sensitiva. El espíritu de la tierra es un hombre gigantesco que se confunde con el espíritu de la multitud. Es además una categoría de génesis y una categoría "amiga", un madero al cual estamos ligados para emerger de las aguas; más allá de todo, es nuestra razón de ser. El "espíritu de la tierra" es el triunfador sobre la batalla de las sangres que nos generaron en una carne confusa y en un espíritu impreciso. El espíritu de la tierra es una brújula infalible que nos arrastra con una corteza sin lagunas en la defensa de la esencia que le debemos. Es quien nos ha hecho decir NO, y quien nos galvanizará para volver a decir NO ante el capital extranjero que nos convirtió y pretende volver a convertirnos en una macroestancia productora de materias primas baratas y en una colonia consumidora de materia manufacturada extranjera.

El **Hombre de Corrientes y Esmeralda**, que tiene que construirlo todo, todo, hasta la realidad, que es "la gota de agua incolora, inodora e insípida", solo y desnudo en los umbrales de un mundo que le fuera arrebatado por los traficantes de todo tráfico, debe conquistar ese mundo para inaugurarlos. Es él mismo, el primero, el adánico sin memoria de ningún Paraíso, el sin ataduras ni pasado, es el gran replegado dentro de la cueva de su corazón, listo para dar el gran salto y avanzar.

Este "Adán Buenos Aires" no nació bajo el signo de la razón sino bajo el signo del corazón. No es el hombre del **pienso, luego existo**, sino del **siento, luego existo**. Ha llegado muy tarde o demasiado temprano; de cualquier modo, ha llegado desacompañado y arítmicamente, de modo que debe apresurarse para desentrañar, descubrir, golpear y triunfar, con sus armas instintivas, sobre los ávidos y voraces mercaderes que trafican ignorando su existencia.

Tiene antenas poderosas, él, el sin maestros, el sin libros. Es un

instintivo destructor de mitos. Desde nuestros orígenes, cada vez que los santones de la democracia enarbolaron las pomposas frases del liberalismo; cada vez que los grandes diarios y sus activos agentes hablaron de "Libertad, Democracia y Pograma" con mayúscula, él entendió que con mayúscula venían la Entrega, el Hambre y el Desprecio a la voluntad del Pueblo.

Muchas veces ha sido defraudado, utilizado y saqueado. Con sus oscuros ojos ha visto muchas veces corromperse a los falsos profetas, y sus ojos se han vuelto tristes y su boca amarga.

Ese proceso de frustración y olvido, con repetición del drama de Martín Fierro, no se traduce en ninguna alharaca estentórea. Tiene pudor de sus sentimientos, aún de sus sentimientos amorosos. EL HOMBRE DE CORRIENTES Y ES-MERALDA se vuelca dentro de sí mismo, y, aun sin confesárselo, TREMENDAMENTE SOLO, comienza a concebir una ESPERANZA. Como es un ensimismado, como el gestador de una realidad que algún día encontrará su forma, como ESTA SOLO Y ESPERA entre millones de hombres y mujeres que también están solos y esperan, la tonelada de diarios y de Historia falsificada con que intentaron envenenarlo de desde chico la resbalaron sin dejar casi huella.

En su corazón razonante existe una parcela de responsabilidad delegada en un cuerpo trascendente a él que es el Estado. Descree de los partidos políticos que llegan al Gobierno pero espera un caudillo, un Jefe que le ayuda a salir de su soledad y que lo apoya para la realización de su esperanza. A pesar del cascarón de escepticismo con que el pudor lo recubre el HOMBRE QUE ESTA SOLO Y ESPERA es un hombre mesiánico. Por eso Scalabrini Ortiz, no pone entre sus manos un "ensayo" ni un libro de Sociología ni un libro de costumbres. Nos deja, palpitante y entrañable, UNA BELLA PORTEÑA.

DURANTE estos años negros de nuestro destino, Scalabrini nos acompañó y nos guió con su razón y su inteligencia. Lleno el corazón de angustia y fiel, como siempre, a la verdad de su pueblo.

Pobre Raúl. No murió de la enfermedad que nos diagnosticaron

los médicos. Murió de angustia y desesperación, de tristeza y desánimo. Se creyó con una porción de responsabilidad en la debacle de la Nación.

Pero no. Los hijos de EL HOMBRE QUE ESTA SOLO Y ESPERA lo decimos, abrazándolo en el viento, a Raúl, que por encima de la quiebra de las estructuras visibles de la Nación, el pueblo, que ya no ESTA SOLO, ha adquirido conciencia profunda de su ser nacional y no cejará hasta lograr definitivamente la Recuperación Nacional.



Hay un fervor no retórico, hay una ansiedad auténtica. Hay una contenida y dolorosa pasión argentina, la misma que iluminó los días de Scalabrini, y esa pasión no se apaga. Lo dicen los ojos de nuestros jóvenes, el sufrimiento de los hijos de la tierra, el dolor de todo un pueblo dispuesto a no retroceder.

Raúl Scalabrini Ortiz, "vencedor de años", que estás tan cerca de nuestro corazón, en nosotros mismos te descubrimos cada día. No te desesperes, compañero. Estamos cerca.

josé maría rosa



tomó el
áspero camino
del apostolado
sin miedo
a la pobreza
y sin
ambiciones
personales

HACE muchos años, más de cuatrocientos, un hidalgo salía por los caminos de España llevado por la vocación de redimir agravios, defender menesterosos y enderezar entuertos. Se llamaba don Quijote de la Mancha, y si le faltaban el dinero y las armas, le sobraban en cambio los arrebatos. Ante la consternación de las amas y las sobrinas, la risa de los duques y los curas y el obstáculo de los bachilleres y barberos, don Quijote empezaría su peregrinar arremetiendo contra gigantes, contra ejércitos, contra leones. Pudo triunfar siempre, porque las almas de su temple y su imaginación no conocen la derrota.

HE evocado a don Quijote de la Mancha en este homenaje a Raúl Scalabrini Ortiz. Como su tatarabuelo, nuestro hidalgo de Corrientes y Esmeralda se lanzó a una lucha imposible por la recuperación espiritual y material de nuestra Argentina, ante la consternación, la risa y los obstáculos invencibles. Señaló al enemigo, que nadie veía, y contra él arremetió firme en su escualido jamelgo, enhiesto el lanzón absurdo, decidida la voluntad inquebrantable. Y como su tatarabuelo, no pudo ser vencido. No venció, tal vez; pero mostró el camino invisible y acercó la victoria lejana. Arremetió contra los endriagos que todos temían. Y para Raúl Scalabrini Ortiz, como para el Quijote, los gigantes resultaron molinos, los ejércitos rebaños de carneros, y los leones rehuyeron el combate.

PUDO ser un ingeniero de provecho, director general de ferrocarriles extranjeros o socio de empresas que explotaban al país. Pudo lograr fama como escritor de suplementos dominicales en diarios de gran tirada, o colaborar en revistas literarias de sólida maquinaria de propaganda, o presidir asociaciones para la defensa y superación de mayos que redituarian cátedras y posiciones. Pudo dirigir algún diario de familia que le diera influencias y suculentos sueldos. Pudo medrar, como todos o casi todos, en este país fácil para los reptadores, a condición solamente de callar lo que no puede decirse en una colonia. No quiso hacerlo; no pudo hacerlo; era otra su fibra. Tomó el áspero camino del apostolado, sin miedo a la pobreza y sin ambiciones de triunfo personal. Luchaba solamente por su Argentina, como el Quijote lo había hecho por aquella Dulcinea, y eso exige grandes sacrificios. Fue áspero su camino; pero es áspero el camino que conduce a los astros.

DON Quijote no encontró discípulos. Más feliz, su tataranieta los hallaría: primero un puñado en aquel sótano de la calle Lavalle donde se creara a Forja; luego cien-

tos, después miles. Hoy se cuentan por millones los argentinos que siguen las huellas de Scalabrini Ortiz. Todos los argentinos nos sentimos sus alumnos en esta Argentina recuperada espiritualmente que hoy vibra de emoción ante su muerte. Bien; rectifico. No todos los argentinos; solamente casi todos. Del otro lado quedaron los del triunfo fácil, de la reptación medradora, del arribismo logrero. No le interesaron a Raúl, y no nos pueden interesar a nosotros. Que se queden ellos con sus gerencias y sus administraciones precarias, con sus diarios agónicos y sus asociaciones faltas de oxígeno, con su propaganda que a nadie convence y sus conspiraciones de silencio para acallar los fragores de la tempestad. Son el resabio de otra Argentina que aún perdura y que nadie tiene que ver con la nuestra. Cada vez más débiles, cada vez más pequeños. ¡Con qué tremenda envidia de una existencia pura, límpida, honrada, supieron que Raúl Scalabrini Ortiz era leído por millones de lectores, seguido por millones de argentinos, ellos, que no llenan una fotografía trucada! No deberían extrañarse, por haber elegido las clásicas migajas del banquete y descreer en el triunfo clamorosamente conseguido. Pero los grandes diarios callaron su vida, o redujeron su información a unos pocos renglones en recuerdo del novelista, y silenciaron al historiador y al político. Es que hay envidias tan grandes que no pueden detenerse ante la tumba; la de quienes han elegido la gloria minúscula de hoy y saben que mañana nadie les habrá de recordar. Los espíritus mezuquinos envidian hasta el dolor que no pueden dejar.

NO quiero hablaros de sus libros de historia económica que nos mostraron la grande, la oculta verdad de nuestra historia; que no éramos una nación sino una colonia. Ya lo ha hecho Gerardo Solmié. No quiero hablaros de la captación que hiciera Scalabrini Ortiz del hombre argentino, en ese estudio ya clásico del hombre de Corrientes y Esmeralda que está solo y espera: ya lo hizo Alicia Eguren. Quiero hacerlo solamente de Raúl; del Raúl íntimo, del Raúl que he tenido la dicha de conocer y tratar, del admirable Scala-

raúl
íntimo

13

agrandando con el transcurso de los años, y que ya tiene resonancias de leyenda. Del Raúl héroe, prócer de una Argentina rescatada para siempre por su perseverancia y su intrepidez.

FERMIN Chávez ha imaginado hoy la futura estatua de Scalabrini Ortiz irguiéndose en la llamada Plaza Británica, frente a las estaciones de ferrocarriles. Se necesita ser poeta para lograr ese acierto. Pero a mí me cuesta suponer esa estatua futura, porque solamente se alzan estatuas a los muertos, y no puedo hacerme a la idea de que Raúl Scalabrini Ortiz haya muerto. Debe estar entre nosotros, oculto en alguna parte, para presentarse donde lo necesitemos, tal vez porque su gran modestia quiso evadirse ante el triunfo definitivo de su prédica.

Empezado estas palabras evocando a don Quijote. No he hecho una comparación feliz, y me doy cuenta ahora que don Quijote muere arrepentido de sus quijotadas y no deja discípulos. Scalabrini Ortiz, en cambio, los tiene por millones; no se arrepintió jamás de su lucha y además no ha muerto. Tal vez hubiera sido mejor aparejarlo con Martín Fierro, que no muere porque es el espíritu inmortal de la patria, que regresa a su país para adoctrinar a los suyos e infundirles la esperanza de que **VOLVERA ALGUN CRIOLLO EN ESTA TIERRA A MANDAR.** Y a la espera del día prometido, del día inevitable y justicialista, se separa otra vez de sus hijos y se oculta en la pampa.

MIENTRAS llegue el momento, no se lloverá el rancho donde estén los libros de Scalabrini Ortiz. Esos libros que denuncian la mentira de una historia, al pintarnos como nietos de los crueles españoles y de los bárbaros de la federación que fueron dueños de esta tierra, nos daban como única posibilidad la de medrar a costa de los nuevos propietarios de la Argentina. Como a Picardía, el personaje de Martín Fierro, esos libros de historia que aventó Scalabrini Ortiz nos dijeron que nuestro padre había sido un bandolero. ¿Y qué mejor podrá hacer el hijo de un bandolero que ventajear en la carpeta de juego y hacer fraudes electorales? Pero así como el gaucho sabe una tarde que no es hijo de un bandido, sino del guapo sargento Cruz, el compañero de Fierro, y también saben los hijos de Fierro que todo es mentira en la historia que les habían enseñado, nosotros también supimos gracias a Scalabrini Ortiz que es mentira que el logrero viejo Vizcacha fuera el

ejemplo prócer a reverenciar; mentira nuestra pobreza e incapacidad; mentira la leyenda de embustes tejida contra la raza, y que no somos hijos de un bandido, y no debemos seguir los consejos acomodaticios de aquel viejo "con un empaque a lo toro" que enseñaba a hacerse amigo del juez, a encogerse ante los fuertes y a no hacerse visible como cimarrón en la loma. Martín Fierro enseñó a los suyos lo mismo que Raúl hizo ahora: mostrarnos que tenemos una tradición que respetar, y, por lo tanto, una misión que cumplir. Tenemos que recuperar esta tierra para nosotros, pues no es digno de los hijos de los bravos vivir adulando a los foráneos dueños que se apoderaron de la Argentina. Como nos habían enseñado los viejos Vizcachas de nuestras universidades, nuestros colegios, nuestros diarios y nuestras academias. A la moral del acomodo, debemos substituir los derechos soberanos que tenemos como dueños exclusivos de esta tierra.

VOLVERA otra vez el criollo en esta tierra a mandar, como lo profetizó Martín Fierro y lo esperaba Scalabrini Ortiz. Volveremos a presenciar las escenas del 17 de octubre que con tan bellas palabras describiera hace un momento Mario Massouh. Volverán los trabajadores a volcarse en las calles; esos trabajadores que son la única esperanza, como dijera Conrado Ortigosa al precederme en la palabra, de una recuperación nacionalista de la Argentina. Viviremos escenas emotivas; otra vez seremos dueños de nuestro destino; y esta vez para siempre. Estoy seguro que ese día de gloria, empujados por la multitud entusiasmada que cantará altiva y alegre sus marchas populares, encontraremos en alguna esquina de Buenos Aires a Raúl, testigo infaltable en los grandes acontecimientos de nuestra historia contemporánea. Lo encontraremos como siempre, alegre y locuaz, diciéndonos —pues ese día dejará de lado su modestia—: "No ven que yo lo había sentido todo". Estará en su esquina, en Corrientes y Esmeralda: pero ya no será el hombre que está solo y espera. Estará hecho multitud y habrá llegado a la meta. Entonces comprenderéis —y perdonadme mi poca modestia— porque os digo hoy que Raúl Scalabrini Ortiz no ha muerto.





era uno con la tierra aquel 17 de octubre

mario massouh

VENIAN por los caminos del sur y del oeste, con el cansancio en los pies y la fatiga en el alma... fatiga de querer la tierra y los hombres de esa tierra, de esa tierra nuestra que ellos entonces como nosotros ahora, se nos escapaba por los poros como la sangre de una herida. Traían las ropas bastas de trabajo, ropas de enfrentar a la miseria y al patrón, ropas de apretarse en el tranvía. Tenían algunos el gesto duro, esperanzado otros. Algunas manos prolongaban la dureza de la vida obrera en un palo, arma ingenua, blandida ante incorpóreos enemigos. Bajo la camisa barata insinuaba su bulto algún revólver, ahorro del odio y la desesperanza. Ya iba siendo hora de cobrarse las cuentas con el amo, sirviente de ese otro amo gringo y rubio. Pasaron los puentes observando con aprensión la mirada firme de la milicada en pardos batallones erizados de fusiles. El viejo temor de la represión asomó un instante en la columna. Fué sólo un instante. Esa vez la Fuerza Armada respetó al pueblo. Y la columna pasó.

VENIAN por los caminos del sur y del oeste. Con ellos, compartiendo la pobreza y la aventura, algunas mujeres, mezclando el desaliño y la distancia. No tenían la elegancia lánguida y refinada del hembraje del barrio norte, pero escondían, sin duda, más capacidad de amar... de amar la patria y a su hombre a tal punto de jugarse enteras en el rescate de ambos. Pasaron ante la mirada —mezcla de burla y desprecio— de las señoras del centro. Desprecio, asco y burla que no llegaron a las mujeres del pueblo. Ellas habían venido a otra cosa. Apretando el paso junto al hombre, siguieron adelante.

VENIAN por los caminos del sur y del oeste, por las mismas huellas y por el mismo suelo que retemblara un día bajo los cascos del malón y de la montonera federal. El viejo pleito, siempre latente, afloraba una vez más. Eran los orilleros, la chusma,



RR

Tierra y con el pueblo, Octubre de 1945...

los cabecitas negras. Era la plebe y sus caudillos, enfrentando a los doctores del alma y ropaje negro: Rivadavia, Sarmiento, Mitre y a tantos anémicos héroes oficiales. Era la pueblada que se largaba con la vincha y la tacuara sobre este puerto gringo, sobre esta cabeza de puente del imperialismo. Sabían que el enemigo estaba aquí. De aquí partiría el exterminio del gaucho, del "cabecita", del obrero. "No economice sangre de gaucho, que la sangre es lo único que tienen de humano", diría el civilizador Sarmiento. Y los nuevos gauchos venían regalando lo único que les habían dejado: la sangre y las ganas de vengarse, vengarse ellos y vengar a la tierra ultrajada.

VENIAN por los caminos del sur y del oeste, coreando a gritos el nombre de un caudillo. Ese caudillo en todos los gritos se llamaba Juan Perón, y era un 17 de octubre de 1945. Entre ese pueblo que venía a rescatar a su caudillo de la cárcel de la oligarquía entregadora, avanzaba también con el corazón robalando de amor a la tierra otro caudillo, un hombre que había luchado fieramente en la tribuna, el periodismo y el libro por la liberación de su pueblo. Ese hombre era entre todos uno de tantos, pero el mismo, el igual a su compañero de esperanza; el que sumaba su fe a la fe de los otros con la humanidad y la sencillez del criollo. Fué entre centenares de miles uno de los que coreó el nombre de la liberación. Fue el que contribuyó con no poco fuego de su pasión a levantar la marea de la libertad, de la restitución del ser y del hombre argentinos; el que, como todos nosotros, había encontrado su líder, y como nosotros, venía a aclamarlo y a seguirlo. Ese hombre, ese batallador por la felicidad de nuestra patria, esa figura de físico pequeño y de enroquecida voz, hoy ha muerto. Se llamaba Raúl Scalabrini Ortiz, y habiendo sido de los primeros se reunió humanamente a todos para decir luego del triunfo:

**Al fin se han juntado
en la tarde serena.**

Era la patria en busca de su destino de libertad y grandeza. Se sintió diluío en el pueblo victorioso y dijo, separado de la lucha, que dejaba en buenas manos:

**Ya estoy solo y unido
Ya soy sólo mi tierra.**

Era Raúl Scalabrini Ortiz maestro de varias generaciones de argentinos. El mismo a quien ahora venimos a rendirle este recuerdo, este homenaje de respeto y de veneración. El mismo a quien los argentinos en marcha venimos a decir que no hemos perdido la última batalla por la liberación, y que esa batalla la vamos a dar segura y victoriosamente.

Con el tiempo, Raúl Scalabrini Ortiz rememoraría aquellas citas triunfales con palabras para el recuer-



era uno con
la tierra y
con el pueblo...

contra
todo
el coloniaje

la independencia
económica

18

do, de modo que jamás pudo olvidar el espectáculo del que fué protagonista en espíritu y materia. Como no deseaba nada para él sino todo para nosotros, quiso dejar escrito su mensaje como grabado en piedra, y sus palabras, palabras para los que pudieran ser sus hijos, fueron así:

DURANTE muchos años luchamos sin conocer claramente el objetivo de nuestra lucha y de nuestro sacrificio. Ensalzábamos lo humilde frente a la opulencia y al oropel que presentíamos falso y encubridor de traiciones hacia aquello que inconscientemente buscábamos.

Pero la existencia de un espíritu presupone la existencia previa de un cuerpo, porque el espíritu incorpóreo sólo adquiere realidad en la dialéctica de los engañadores y en la imaginación de los románticos, y nosotros no éramos ni lo uno ni lo otro. Nosotros éramos y somos místicos de la realidad. Nuestra realidad era una fracción de una realidad mucho más grande, y concebíamos el cuerpo presente de la nación entera como una fracción del cuerpo histórico nacional.

TENIAMOS en contra, emboscados en todas las encrucijadas de la vida, a las mejores inteligencias del país, a los cerebros más ilustrados, a los apellidos más distinguidos, a los hombres más adinerados y a los dirigentes de los partidos que se decían intérpretes de los sentimientos y de las vocaciones populares. Todas las publicaciones nos vedaron el acceso. Todas las instituciones establecidas negaron el acogimiento a nuestras investigaciones. No hubo mote ni calumnia que no se nos endilgara para desprestigiar nuestras personas e impedir que nuestras ideas y nuestros conocimientos se infundieran en las masas argentinas. Fuimos nazis, anarquistas, comunistas, agentes del oro yanqui, del oro alemán, del oro ruso y hasta del oro inglés. Después nos cubrieron con el silencio y creyeron que ésa era una mortaja suficiente y definitiva...

LA Argentina es una pieza del ajedrez político del mundo, y no puede ser movida de su posición sin alterar los equilibrios de tensiones que sobre ella actúan. El peligro de la Argentina para nosotros, decían en Gran Bretaña en 1936, radica en la expansión de la idea del nacionalismo económico. Los obstáculos que debemos sobreponer no nacen del orden interno. Nuestra prédica trasciende las fronteras porque hace vacilar un equilibrio estabilizado durante casi un siglo, sobre la base de nuestro resignado sometimiento.

Ahora la lucha por la independencia económica no es ya una bandera que pertenezca a nadie. Su conocimiento es de orden público y notorio. Las grandes masas trabajadoras de la comunidad la han asociado a la idea de la justicia social.

LA declaración de la independencia económica fué un acto trascendental de inmensas proyecciones históricas, pero no es un punto final, es un punto de partida. Los que luchamos por ella hemos adquirido categoría de beligerantes. La lucha por la libertad económica carece de perfiles épicos. Es una lucha sorda que se desarrolla en la penumbra de las antecámaras y de las conciencias, en que cada uno de los

contendores no ahorra artimañas, ni se detiene por escrúpulos. No debemos olvidar en ningún momento —cualquiera sean las diferencias— que las opciones que nos ofrece la vida política argentina son limitadas.

No se trata de optar entre el general Perón y el arcángel San Miguel. Se trata de optar entre Perón y Federico Pinedo. Todo lo que socave a Perón fortifica a Pinedo, en cuanto él simboliza un régimen político y económico de oprobio, y un modo de pensar ajeno y opuesto al pensamiento vivo del país. En el enfriamiento a ese enemigo desleal que se llama capital extranjero, debemos cuidar nuestras apreciaciones para que no contradigan nuestras ideas, para que no se opongan a nuestros sentimientos, y cuidar nuestros sentimientos para que permanezcan adheridos al sentimiento de las grandes masas populares que llevan en sí la mayor cercanía de la verdad política.

La independencia económica no constituye un término en sí mismo. Es y debe ser un medio para realizar un sino de más amplias y magnánimas proyecciones, porque el alma argentina no halaría satisfacción en inercia de plenitud.

DURANTE las dos contiendas pasadas bregué con todas mis armas de la adolescencia y de la madurez en favor de la neutralidad sin renuncias, y en esa posición irreductible continúo. La neutralidad significa la resistencia a la voluntad extranjera que operaba a través de sus canalizaciones financieras.

La neutralidad era una de las vías de esclarecimiento y de liberación. Por la neutralidad volveré a luchar, porque ella confirmaría una consolidación definitiva de nuestra independencia integral.

En un mundo que declina bajo el azote de la técnica y se disciplina en el sometimiento a lo inerte y a lo abstracto, el aislamiento puede hacer florecer ese germen de la humanización y del refrescamiento de valores que aflora en todas las presencias de las muchedumbres argentinas. Hay una gran alegría en el manenimiento de esta esperanza que aligeró todos mis días de combate.

Permitidme suponer que ella reflorcerá en vuestros jóvenes corazones.

ESO decía Scalabrini Ortiz. Palabra de padre y de profeta; pues en el milagro del pueblo restaurado en la tierra está su padrinazgo, y en el sabor del triunfo vislumbrado está su profecía. Porque Scalabrini Ortiz formó hijos en esta lucha de titanes, en este tiempo de la fragua, hijos que —como ese su hijo dilecto Vicente Tripoli— pagan con amor filial ese padrinazgo espiritual en la única forma posible: ocupando la vacía barricada, porque éso es lo que él quiso en vida.

Fue Scalabrini Ortiz maestro, luchador, periodista, forjador; fue uno mismo con la tierra y con el hombre; fue angustia y llanto y lucha y soledad. Ahora es norte de esta tierra sin nada, tierra que tuvo su profeta en ese hoy muerto: Raúl Scalabrini Ortiz. Todo eso: pero por sobre maestro y forjador y angustia y llanto y soledad, Raúl Scalabrini Ortiz fue una pasión. Una límpida y maravillosa pasión argentina.





fermín Chávez

"... y la muerte
funesta
nunca pone
fin a
ninguna
existencia"

empédocles

20

QUISIERA hablar hoy de Raúl Scalabrini Ortiz sin mezclar su nombre a la miseria política en que hemos caído los argentinos. Quisiera hablar del gran compañero desaparecido, fuera del alcance del tartufismo entreguista que va cubriendo la faz del país, alimentado desde el poder como en los buenos tiempos de la Década Infame. Quisiera olvidarme, por un momento, de que en nuestra patria hoy parece haber solamente un nuevo general Justo, escuálido, y sin charréteras, que se solaza perjurando por su honor.

Pero no, compañeros; es vano e imposible ese deseo, porque la figura de Scalabrini ya no podrá ser separada del destino nacional, como no pueden separarse de él los nombres de un Alberdi clamando contra el mitrismo asesino, y de un José Hernández clamando contra el mitrismo opresor; de un Rosas aguantando a pie el chaguarazo de los prepotentes con unos pocos cañoncitos, y de un Perón dignificando a las multitudes populares sumergidas.

¡Qué afortunado ha sido después de todo nuestro querido Scalabrini! No llegó a ver las últimas infamias del petrolero renegado que está en la Casa Rosada. No llegó a asistir, por ejemplo, al nombramiento del ingeniero Manuel Castello como secretario de Transportes, lo cual hubiera sido para el gran argentino que aquí recordamos mucho más que un golpe bajo y traicionero.

¡Qué suertudo ha sido nuestro compañero de lucha! La Providencia lo alejó de su ciudad carnal cuando están resucitando momias agoreras de las que aún sirven al colonialismo británico, y cuando vuelve a resonar la bulla insensata de los políticos tradicionales, como si la historia pudiese volver atrás.

COMPANEROS: Raúl Scalabrini Ortiz perteneció a un orden de escritores que en nuestra patria tiene una larga y clara tradición nacional: al de los que siguen el mandato hernandiano de "cantar opinando", y que cuenta en sus filas con nombres excelsos como los de Guido y Spano, Evaristo Carriego, Olegario V. Andrade, Rafael Hernández, Ovidio Lagos, Agustín de Vedia, Laurindo Lapuente y muchos otros.

En r
mos se
artistas
especie
aquellos
do tal
llos q
de ad
cian. S
esta se
inciden
del "C
no titu
pectiva
decidi
dual
person
justici
al hum
mente
épico.

Su f
bajorr
y en
cos qu
existen
ademá
dada
el nue
los gr
do co

La
nerosa
del pu
nente
fino e
bendic
La Ro
memo
de los
var la
ideal

[A v
qu
terari
daría
anima
un re
venia
rico a
ficació
tregó
autoc
previo
puebl

Par
pañer
antibr
de le
y pat
ducta
en ell
dato

En más de una oportunidad hemos señalado que los escritores y artistas de hoy se dividen en dos especies fundamentales: en la de aquellos que quieren dejar al mundo tal como está, y en la de aquellos que quieren cambiarle la cara de acuerdo con el ideal que acarician. Scalabrini Ortiz perteneció a esta segunda especie, de misión coincidente con la pauta hernandiana del "cantar opinando". Scalabrini no titubeó nunca frente a las perspectivas de su vida de artista, y decididamente pasó de lo individual a lo social, de las virtudes personales a la virtud civil de la justicia, del ornamento esteticista al humanismo popular, de lo puramente lírico a lo excesivamente épico.

Su testimonio está grabado en el bajorrelieve de sus obras históricas y en los vastos trabajos periodísticos que ocuparon gran parte de su existencia militante. Pero está, además, en su vida entera, ofrendada sobre el ara de un país como el nuestro, tan inmisericordioso con los grandes como generoso y blando con los pillos.

La vida de Scalabrini Ortiz, generosamente volcada a la causa del pueblo, constituye su más eminente obra. Sobre su fe de argentino entero recae, sin duda, aquella bendición que el poeta francés Drieu La Rochelle reclamaba en un verso memorable. "Que sea bendita la fe de los hombres que intentan renovar la figura del mundo según el ideal que acarician."

LA vida de este hombre singular, que huyó de la politiquería literaria y de la politiquería partidaria como del cólera, transcurrió animada por el afán de construir un reino espiritual. En un país que venía frustrando su destino histórico agobiado por diabólicas falsificaciones, Scalabrini Ortiz se entregó a la dura faena de crear autoconciencia nacional, como paso previo a la liberación de nuestro pueblo.

Para nuestro Movimiento, compañeros, el indoblegable periodista antibritánico representa una lección de lealtad que debemos enaltecer y patentizar, para que nuestra conducta militante encuentre siempre en ella perenne sustento y un mandato irrenunciable.

Como una muestra duradera de este homenaje que obreros, escritores y periodistas estamos rindiendo a Scalabrini, prometámosle hoy que cada uno de nosotros se constituirá en constructor de ese monumento que el país erigirá frente a la estación Retiro, cuando ya la plaza no se llame —como ahora— Plaza Británica, sino Plaza Raúl Scalabrini Ortiz.



Compañero nervioso y obstinado: los ángeles tenebrosos de la Antipatria y del Antipueblo que tú combatías en todas las esquinas para demostrarles tu vocación de gladiador insuperable, se han vuelto a posar sobre las espadañas grises de esta ciudad que tanto amaste. Su aliento maligno va invadiendo los cuerpos y las almas, como en los días en que tú descubriste nuestro verdadero quehacer de argentinos.

Compañero solitario y obstinado: vigila nuestra conducta y nuestros deseos, nuestro silencio y nuestras obras, para que no nos apartemos del deber nacional que nos hemos impuesto los que seguimos. Y que perdamos nuestros pobres ojos antes que abandonemos la causa del pueblo en la que tú militaste con tanto fervor y con tanta entereza.

gerardo solnié



scalabrini ortiz nos enseñó las lacras de nuestra economía

una
generación
entró en
tema

COMPANEROS: mucho se ha dicho antes de ahora, y aún hoy mismo, sobre don Raúl Scalabrini Ortiz, pero mucho más cabe decir y más aun se dirá a medida que la perspectiva histórica lo vaya elevando hasta la gloria que merece.

Dijimos al iniciarse estos cursos que don Raúl nos había llevado al estudio de la economía, y que él fué quien nos enseñó que la economía es la materia de donde deriva el ser de los pueblos, su historia y su espíritu.

Fueron las nociones claras del maestro y su constante repetir que no había tal misterio sino mistificación por parte de los que no les interesaba que el pueblo indagara en esas cosas, lo que hizo que toda una generación de argentinos entrara en el tema, y se preocupara el porqué y por quién éramos gobernados en realidad.

Don Raúl hizo que la economía cobrara su verdadera importancia en la lucha de los pueblos cuando nos enseñó que si bien se refiere exclusivamente a las cosas materiales de la vida, el alma de los

pueblos brota de entre esas materialidades como el espíritu del hombre de entre la profundidad de sus visceras, y que era muy falso pretender una historia o un espíritu nacional sin antes exigir una economía nacional.

Fué su afán esclarecedor el que puso en nuestras manos la "Historia del primer empréstito argentino", donde aprendimos que la libertad conquistada en mayo —y garantizada por nuestros textos escolares— no era cierta; que la habíamos comenzado a perder a poco de obtenerla, y que ya casi nada quedaba de ella gracias a las sutiles maniobras del imperialismo y la miserable combinación de individuos que —en nombre de la libertad y la civilización— colaboraban con los enemigos de la patria, cuya dominación física no fue posible gracias a la valentía de su pueblo.

Fue ese primer libro, y los muchos que le siguieron, los que alertaron a los hombres de la nueva generación argentina, y les permitieron ver poco a poco cómo:

a) Apoyábamos a los "aliados" en la guerra mundial porque los ingleses dominaban nuestro transporte y nuestros frigoríficos; nuestro comercio exterior y nuestros servicios públicos.

b) Estábamos agradecidos a los ingleses por todas las bondades recibidas a lo largo de nuestra historia porque, casualmente, esa historia fué escrita por los beneficiarios de la entrega.

c) Los presidentes argentinos eran elegidos en la Cámara de Comercio Británica, no por casualidad, sino porque la Argentina era parte del imperio, como Ceylán o India.

d) Nos desganitábamos reclamando la devolución de las Malvinas, e ignorábamos que antes debíamos exigir la devolución del Banco Central y la Casa Rosada.

Esas maravillosas enseñanzas —ese poner el conocimiento económico al servicio y al alcance del pueblo— permitió a los argentinos ubicarse ante los hechos concretos y saber que aunque fuera libre y democrático, no se podía confiar en un gobierno formado por sirvientes del extranjero, y que nada bueno podría esperarse de un ministerio formado por hombres como Juní —vinculado a los carteles de la industria química— o Castello —representante de los intereses ferrocarrileros ingleses— o Alsogaray —representante de los pulpos petroleros— o Méndez Delfino —ex cadista—, y no deberíamos cerrar nuestros ojos ante la adormecedora palabra de los doctores ni creer en los aplausos de la prensa extranjera, porque el zorro es mal guardián de las gallinas, y nadie agradece sino a quien bien le sirve.

Tuvimos la suerte, la gran mayoría de los argentinos, de ver cómo ese estado de cosas puede ser superado por el pueblo y nadie

más que el pueblo en ejercicio del gobierno, y cómo se puede construir de esa manera una nación realmente libre; pero vimos también cómo los enemigos eternos de la patria no se destruyen fácilmente, y que las fuerzas económicas fabulosamente poderosas no tienen contemplaciones con los que osan ponerse en su camino.

Fue la patriótica revelación de Scalabrini Ortiz la que nos permitió conocer las lacras fundamentales de nuestra economía y rechazar el optimismo contemplativo como cómplice de la antipatria; pero es también la palabra de don Raúl la que nos dice que a pesar de lo trágico de nuestro panorama no debemos perder la fe; y lo dice con palabras que quiero citar dadas su extraordinaria actualidad.

"Nada hay en el horizonte político ni en el horizonte económico que no sea sumisión, agobio, ineptitud o simonía. El panorama argentino es un desierto yermo para la esperanza, y las mejores aptitudes parecen haberse agotado para siempre. Animos mercenarios han desalojado de las posiciones públicas a los altruistas y abnegados. La prebenda ha suplantado al sentimiento de patria. La ruindad ha corrido a la altivez; la doblez a la entereza. Pero hay algo inasible, intangible, invisible aún, que va estableciendo contactos de un espíritu al otro de los argentinos. Es un fervor que comienza a emanarse, una estremecida energía que recomienza a vibrar tras un largo apaciguamiento. Quizá no esté lejano el día en que Buenos Aires, como en 1810, decida encabezar nuevamente la segunda y esta vez definitiva liberación americana".

Compañeros: los que estamos aquí esta noche, rindiendo culto al que ejerciera durante muchos años la primera magistratura moral de la República, nos comprometemos a la lucha necesaria para que ese sueño sea pronto una realidad, y se levante otra vez entre las naciones una Argentina justa, libre y soberana.

enemigos
eternos

no perder
la fe

23



tulio pavón pereyra

IGNORO si con el andar del tiempo, quienes fuimos decorados con la amistad de Scalabrini Ortiz podremos esgrimir tal singularidad como antecedente. Cualquiera sea el porvenir de nuestra desgraciada Patria, yo estoy dispuesto a conservar esa amistad, siquiera sea en homenaje del más formidable defensor que ha tenido el "ser nacional" de los argentinos.

Me parece verle todavía resistiendo con su fiera e incorruptible verticalidad los acosos de la antipatria. Su magro cuerpo, despojado de todo lo superficial, había descendido a la ascua de oro del redondel, a lidiar por las altas razones de la República. En momentos en que sólo él y el pueblo coincidían en que todavía valía la pena de luchar por el reencuentro de las esencias nacionales, me tocó en suerte poder acercarme.

En un tiempo que no conocía cuartel ni piedad para el vencido, Scalabrini comenzó a enrollar vencidos para la gran Cruzada del Rescate. En una época de cartagineses y fenicios como la actual, en que el nombre argentino hasta parece "mala palabra", Scalabrini sublimó su pasión de Patria hasta potenciarla a la categoría de santo nombre, quizás porque en el tabernáculo de su corazón amasaba con sagrada piedad todos nuestros errores y todas nuestras debilidades.

En el quehacer por adecentar el país fue dejando la piel y las entrañas. Dejando atrás su vocación natural de "magister", quiso ser un contendor más, un soldado del montón, capaz de esgrimir la pluma con la aticidad castrense con que el soldado maneja el fusil y la bayoneta. Desde las fibras de su conciencia insobornable, Scalabrini planeaba todas las reconquistas con la natural predisposición del que está dispuesto a morir por todos. Había mucho de franco-tirador en su agresividad. Había mucho de soldado abandonado a su suerte para librar acciones de retaguardia en ese quehacer sagrado que se había impuesto de retardar, al máximo, la hecatombe vislumbrada por él mucho antes de que la Argentina abdicara de sus esencias.

Y que combatiera hasta el fin nos parece corolario natural de una

existencia que no conocía: "la retirada", si no camino del cementerio. Los hombres de armas sabíamos cuán poca pose caracterizaba su gesto, donde la ejemplaridad se calaba honda y permanente. Exacto, sin pose, sin sombra de retórica, sus nupcias con el país tenían un sabor de Caballería andante, de cuando la Caballería era Orden Militar, y todavía no le habían orinado los bronceos con "ayudas de países extranjeros" o "con planes de hambre y desesperación".

Ningún argentino de los últimos cincuenta años superará a Scalabrini en su capacidad de creencia, en su sentido misional sobre la nacionalidad, que defendía con uñas y garras, más allá del dolor, como se viera, y lo que es más trágico aún: más allá de la esperanza. Había que apartarlo del camino, apartarlo con violencia, arrancar de raíz su semilla, iniciar una vasta política de regresión y de despojo, para poder cantar victoria. Todo esto y mucho más hizo en estos últimos años en que la política tomó un rasgo marcadamente argentino, y los altos intereses patrios aparecían comprometidos, cuando no entregados al tanto por ciento, en conocidos bufetes de las Citys de moda.

Fue precisamente esa coyuntura cuando Scalabrini eligió para dar su última diana de alerta. Su desnudo medio torso de antiguo deportista percionaba entonces su esgrima, y se le veía combatir contra todos, quizás porque tenía la suficiente autoridad moral para hablar por todos, presentes y ausentes, débiles o poderosos, esforzados o cobardes, patriotas o vendepatrias; a todos solía compendiar con su acento pluriforme de adalid.

Alguna vez se bordará su nombre en la bandera invicta de algún Regimiento; de algún barco, de alguna Base aquellas cuyos componentes hayan mantenido intacto los ideales de Soberanía. Quizás para ellos vuelva a resonar su voz que es incitación a la pelea, de alerta ante nuestros jurados enemigos, de preparación para nuestras campañas futuras. Voz del héroe civil, que mereció ser llamado "la conciencia viva de su Patria". Voz de soldado en fin, de un soldado cualquiera, que seguirá combatiendo más allá de la vida para que la Patria, su Patria, no se muera del todo.

scalabrini
ortiz,
paradigma
de las
fuerzas
armadas

el pensamiento vivo de scalabrini ortiz en 1950...

Baldrich

Proponemos

"SER NACIONAL" transcribe para sus lectores, el reportaje que le hiciera en 1950, un período de la juventud, a la cual acompañó siempre Raúl Scalabrini Ortiz. Será una nueva aportación para el mejor conocimiento de su genio y de su figura. Luchador que por su naturaleza patriótica fue llamado raro y romántico, era poco afable a la exhibición pública, pues en él se daba la clase de hombre estudioso, analítico, propio del gabinete, donde la responsabilidad y el recato adquieren la más honda expresión. Por eso esta conversación y la que se refiere a los ferrocarriles en particular asumen hoy especial significado.

El escritor que ayudó a liberar su Patria

—Siempre nos ha interesado saber si su defensa de la vida metropolitana obedece a convicciones hondas y permanentes.

—He defendido en "El hombre que está solo y espera" el comercio amustoso que tiene por escenario los cafés, las confiterías, y nario los lugares de recreo. Los considero verdaderos templos donde lo varanil impone su pauta y condición. Repare en los argumentos de las conversaciones: los temas son de primera intención, triviales y

ligeros, desfilan los deportes, el juego, la melodía de moda; de pronto se menciona un tema nacional y el pulso se acelera. La reacción es inmediata y acorde con una ansiedad de Patria que emociona. Cuando el primer viaje de Gómez de la Serna, en el 24, don Ramón esmeró su ingenio y se desbordó en juegos mentales que la mayoría de los Amigos del Arte recibieron fríamente, sin comprenderle acaso. Le dije al escritor español: "Esta misma charla debió Ud. hacerla en el estadio de Boca o de Huracán ante veinte mil per-

hispano-
américa

factores
ambientales

sonas. Son las multitudes argentinas las que deciden en última instancia, superando lo individual con una agudeza e intuición estu-penda. Casi siempre han aventaja-do a sus gobernantes y quien no las interroga a diario en vano intentará ganar ascendiente ante ella.

—Nosotros lo imaginábamos al frente de un cargo de responsabi-lidad, como hombre consciente de su tarea y de la misión que le ata al destino de su tierra.

—No han faltado ofrecimientos en este sentido. Se me brindaron ministerios, cargos de responsabi-lidad con "carta blanca". Nunca me han sugestionado los que-haceres burocráticos. He preferido trabajar en la sombra, como una chinche flaca, no abandonar las lí-neas generales donde se debate mi sed de justicia. Quizás todo ello sea una consecuencia de mi fe inaudita en el futuro nacional. Nos salvaremos pese a nosotros mis-mos, y esto es cierto aunque no hubiesen reparado en ello Clemen-ceau ni Ortega. El filósofo espa-ñol, cuando hablaba de nuestro color aludía a nuestro "color de vida nueva" y percibía los olores de germinar que infundían pujanza a nuestro modo de ser. No hablo aquí de sustitutos de la intelligen-cia europea, puesto que el proceso del Viejo Mundo fué resultante de siglos de elaboración mental; ha-blo aquí de la potencialidad de los elementos vitales debidos a la inter-vención de lo telúrico. Nuestro país es como una gran fortuna en ex-pectativa en manos de un niño bal-buciente. Estamos tocando el pia-no a los 4 años, con una precocidad resguardada por la Providen-cia, que parece haber delineado nuestra geografía para que sub-sistamos así baje el demonio a la tierra. Este pan con honor que brindamos a quien llega a nuestro suelo debiera ser el arranque de planes más fecundos...

**Únicamente la imaginación
salvará al hombre**

Propondría la creación de un Banco Regulador de Regalos, ela-borado siguiendo los delineamien-tos del Plan Keynes, esto es, una reactivación de la economía al margen del oro y del predominio de cualquier otra moneda. Todos los países que acepten este Plan convendrían en desprenderse de los excedentes de su trabajo na-

cional a título de cesión gratuita y, a su vez, recibirían de otros países el descargo de los pro-ductos no esenciales. Sólo la fan-tasía salvará al mundo como úni-camente la imaginación salvará al hombre. Por lo visto, lo descabe-llado saca patente siempre y cuan-do lo auspicie el hombre europeo; nosotros no tenemos edad para equivocarnos, ¡somos un pueblo nuevo! ¡nuevo, nuevo! y nos ca-racteriza la gallardía de los anti-guos romanos.

—Usted ha hablado de un fenó-meno argentino, de una experiencia racial blanca.

—Me referí a la que tiene por metrópoli a Buenos Aires, con sig-nos y rasgos distintivos que no pueden pasar inadvertidos hasta para el espíritu menos informado. Pertenece, para nuestra ventu-ra, al Continente Austral, el Con-tinente receptáculo de culturas mil-lenarias. Somos los únicos que nos formamos sin miedo, sin pánico; que es el fantasma que origina las desviaciones más sórdidas que puedan concebirse. La Argentina debiera alentar un gran Confede-ral de pueblos con ambición de Libertad, y su primera contribu-ción sería el regalo de Buenos Aires, a esa comunidad. Esto ya lo previó Ramiro de Maeztu, aunque mi pretensión es más humilde y hacedera.

—Pero, ¿admitirían los argenti-nos una tan gratuita acefalia?

—¿Por qué no? ¿No cedió la Pri-mera Provincia su Capital cuando se planteó la cuestión Federal? ¿Dejó por eso de ser argentina Buenos Aires? Créame; en el mun-do del futuro los hombres conser-varán únicamente lo que cedan y nadie podrá perder lo que dé.

Consulta a Macedonio Fernández

—¿Podría hablarnos de sus maes-tros? ¿De los espíritus que se han proyectado decisivamente sobre el suyo?

—Para quien como yo ha tenido tantas almas hasta el extremo de que al final no sé cuál es la mía, resulta harto difícil acatar influen-cias decisivas. Hubo un instante, sin embargo, en que mi despobla-ción anímica alcanzó un grado de orfandad tal que me vi fuera del mundo. Consulté el caso con Ma-cedonio Fernández, espíritu pro-fundo, medular. Me dijo: "Ese va-cío proviene de la imposibilidad que usted tiene de concebir el mun-

do sin su presencia. Corte los últimos cabos y embárguese en la aventura Humana".

Una síntesis de su vida

—He sido, sucesivamente campeón de box, peón en Huatyuquina, obrajero, cuidador de cerdos, barrador de nieve en París, donde pasé hambre y descubrí que nosotros éramos más fértiles y posibles, porque estábamos más cerca de lo elemental. Un día me sentí hombre de acción y desperté en revolucionario. Aquel golpe "entregado" del año 1934 contra el Justismo hizo dar con mis huesos en la Central de Policía. Parece ser que aquella coyuntura la estaba esperando mi mujer. Como mediaba el decreto de "deportación", se hizo presente en la cárcel y dió fácil cuenta de mi soltería. Para mayor escarnio consta en la Partida mi domicilio: Prisión de Villa Devoto. Dos pesquisantes oficiaron de testigos.

Scalabrini Ortiz ríe sentenciosamente, recordando otros detalles del malogrado capítulo de hombre de acción. Con todo —acota—, el saldo no puede ser más fructífero: tengo cinco cachorros, que se parecen a mí en lo imprevisto y en la impulsividad de sus actos cotidianos.

El argentino construye con la multitud

—Me asombra que después de tanta lección aprendida se persista en considerar a Buenos Aires como una Babel heteróclita, donde priva lo cosmopolita, a despecho de lo nacional. Estos son criterios de "plasma sanguíneo", donde no entra en menor soplo humano. ¿Ha oído hablar aquí de minorías? ¿Dónde ha visto una colectividad que no bostece, o no esté en vías de su consumición definitiva? Existen, en cambio, factores ambientales bastante más decisivos y determinantes. Así vemos que un mallevo y un intelectual reaccionan de idéntica manera y de que ambos adquieren plenitud expresiva cuando se reúnen en grupo, en masa. El porteño recién despierta su cabalidad entrañable cuando aparece rodeado. La multitud, a despecho del exhibicionismo no lo cohibe, ni lo subalterniza. El hombre argentino es grande en la medida de su actuar conjunto, en la medida de su personalidad indiferenciada, que es, precisamente,

cuando se muestra más expresivo que nunca. Entonces es posible comprender que nada hay más cercano a Dios que el hombre multiplicado por sí mismo en la potencia humana de la muchedumbre, porque ella es la expresión de la tierra y la voz del tiempo que la acuna.

Un pensamiento para Keyserling

—¿Ha ganado mucho dinero con sus obras?

—¡Lo que me ha costado no hacerme rico! Desde rechazar incitaciones demoníacas hasta enemistarme con medio mundo, recibir los títulos de raro, de romántico, yo, tan luego, que percibo a la Argentina como una realidad palpable al simple contacto con mi piel. Keyserling utilizó varias de mis conclusiones más felices, descubriendo con ellas veas para mí todavía misteriosas. El filósofo alemán con su caudalosa simpatía excitaba mi curiosidad de trotamundos. Un día, en Buenos Aires, le dije que tenía la testa del hermano mayor de los Karamasov. El fauno de Darsmtadt reía a mandíbula batiente con aquella salida. En cierta ocasión vimos a un joven senador de mucho ascendiente en los altos círculos de la Casa Rosada. El conde me preguntó a la salida: —¿Sabía usted que veríamos a un compadrito hablando yanqui? Lizardo Zía transcribió esta opinión en "La Frontera", y yo pasé las de Cain para aclarar mi inocencia en la ocurrencia porteña del filósofo.

El intelectual de moda, es la viva imagen de nuestro coloniaje

—Sabemos que escritores talentosos como Borges dilapidan su valer situándose de espaldas al Río de la Plata, como dice el slogan de un vespertino popular. En lo que están al día es en el último grito de París.

—La ceguera de Borges no está en sus ojos, créamelo, está en las viseras que utiliza para mirar la vida. Yo puedo hablar de él puesto que soy uno de los pocos que le conocen a fondo. La única vez que Borges se acercó al orillero fue para zambullirse en el Riachuelo, después han sucedido cosas peores: pedantería, erudición de lo fantástico, cultura libresca y asaltos al Diccionario Británico.

casamiento en la cárcel

**literatos
a la
inglesa**

**el país,
anterior
a todo**

28

Una tarde, mientras caminábamos despreocupados por una de las ramblas de la plaza San Martín una jardinera estuvo a punto de atropellar a Borges, que iba "cazando nubes". ¿Se imagina usted cuál fué la salida de Borges? Pedirle disculpa al gringo con antiparras que casi lo había atropellado ¡y era un caballo con anteojeras! Después me confesó que desde el año del Centenario no veía esos bichos tan feos: ¡Eso se llama ganas de matar el tiempo hurgándose la nariz! ¡Qué de rengueras, qué de amputaciones mentales! Sir Millington Drabe no hubiese imaginado un mundo de literatos mas a su paladar. Ese colonialismo en el ámbito de las letras no fue sino una consecuencia de otros servilismos menos espirituales, pero tanto o más palpables y groseros, que se daban en la Política, en la Economía, etc. Toda nuestra vida ciudadana aparecía prostituida por una serie de esquivices y de deslices más o menos vergonzantes que nos hacían aceptar como buena moneda unos botones de gitanos. En Europa estornudaban y aquí nos limbiábamos las narices.

Nuevos ejemplos de la infancia

El dueño de casa envía a su primogénito en busca de un documento. Al instante nos los muestra.

—Se trata de una obra de economía alemana, publicada en el año 34 con los auspicios del grupo Schliedler: "Das ende des Kapitalismus", de Ferdinan Fried, y contiene revelaciones sensacionales acerca de los manejos en determinadas Cámara de Comercio en la hechura de nuestros gobernantes. Fayot, en París, lo reimprimió meses después, ¡sin los capítulos que conciernen a la Argentina! Hay todavía más. Un año más tarde, los editores piratas de Ercilla, dan a conocer en Chile la versión "directamente del alemán" ¡y también faltan los dos capítulos que nos importan!

¿Recuerdan lo que sucedió en octubre? ... Oí decir a unos "grasas" en la Plaza de Mayo: "¡Este será el día de los libres! ¡Esta es la jornada de la redención social de los desheredados!" Aquellos hombres empleaban por vez primera en sus vidas la palabra redención y le aseguro que la semántica buscará por decenios ejem-

plos de una más exacta y justa aplicación del vocablo y no la encontrará. Recuerdo cuando trabajaba en las bocas del Ibicuy, en la tierra que hizo legendaria Fray Mocho en "El país de los matreiros". Entonces trabajaban conmigo centenares de mozos de ojos rubios, más juncales y espigados que los chopos de juncos que allí crecen. Nacían y vivían allí con conducta de hombres de una sola pieza. Tenían una fortaleza algo más que bronceada y se les negaba el pan y la sal de los buenos... aquello no podía prolongarse indefinidamente.

El secreto de nuestra grandeza: no amilanarse

—¿Qué valores nuevos descubre usted en nuestro panorama?

—Temo ser injusto refiriéndome a unos con olvido de otros. De una cosa estoy ampliamente persuadido: los hombres jóvenes de la nueva argentina son superiores a los que les precedieron. De igual manera que las generaciones que se sucedan en Europa serán sensiblemente inferiores a las anteriores. Esto se explica considerando que Europa marcha hacia su pulverización, en tanto América emerge como el espectáculo de un sol naciente.

En mi afán por redescubrir las verdades elementales que se han perdido acabé enfrentando los problemas que inficionaban nuestro genio racial, substrayéndonos de nuestro destino de servilismo que aún lucha por mantener su batalla desigual. Ya se lo dije a Mr. Eddy cuando aludía a que éramos novicios: —Tiene usted razón en referirse a nuestra mocedad: en ella reside nuestra grandeza y la seguridad de nuestra victoria. Es menester darse cuenta de ello y no renunciar y no amilanarse. Nuestra tierra es próspera y ubérrima. La Providencia en el tercer día de la Creación. Esta tierra la hicieron gentes viriles —conquistadores de mundos inexplorados, emigrantes con sed de horizontes, jornaleros, industriales, gauchos en fatalidad—; esta tierra no nació en los mostradores de los comités, ni en las Constituciones con que castigaron al pueblo los liberales divorciados de la realidad social. Fue país antes de ser Ley. Y fué Estado antes de ser Nación

y en 1954: 6 respuestas sobre ferrocarriles

1) —¿...?

Hasta el argentino menos informado está al tanto de la campaña de **ablandamiento** que pusieron en práctica los viejos servidores de Empresas coloniales que detentaban el contralor de los transportes argentinos. Esta enajenación de la simpatía pública fue paralelamente acompañada por actividades desquiciadoras de la disciplina —vital para el funcionamiento de todo sistema de transportes— y por una degeneración de los más nobles

fundamentos y objetivos de la justicia social, de la que resultó una verdadera protección a la inepticia, a la haraganería y a la mala fe. La Corporación de Transportes, por ejemplo, que funciona perfectamente con 30.000 empleados y obreros, empleó más de 60.000. Las deserciones diarias por supuestas enfermedades subían a más de 1.600. Es natural que no hubiera aumento de tarifas capaz de sufragar esos inmoderados dispendios. Esa culpable elevación del costo funcional,

simple artimaña

cuya causa escapó al conocimiento público, permitió establecer un paralelo, difundido con sospechosa velocidad, entre la administración privada y la administración estadual donde los números demostraron que el Estado era mal administrador. Aquel viejo y tramposo sofisma que las antiguas empresas difundieron hasta el cansancio por todos los medios, tuvo de esta manera una ratificación aparentemente irrecusable. Y entonces, como el "mane-thezel-phares" de nuestro destino nacional reapareció renovado el mohoso silogismo de los servidores del capital extranjero: Si el Estado es mal administrador, es lógico que los servicios públicos sean atendidos por empresas privadas. Como en la república no hay capitales suficientes, esas empresas deben ser atendidas y explotadas por el capital extranjero.

Algo muy semejante a esta estrategia de recuperación de la empresa privada ocurrió en Estados Unidos tras la primera guerra mundial. El Estado norteamericano había tomado posesión de los ferrocarriles, que funcionaron durante toda la guerra con una eficacia extraordinaria. Las empresas previeron el peligro de que esa posesión transitoria se tornara definitiva e iniciaron con sus empleados permanentes una campaña de desprestigio funcional, acompañada de rumores y disconformidades verbales y escritas muy semejantes a las que soportamos nosotros en la actualidad. En nuestra historia política y económica tenemos, también, abundantes y seleccionadores ejemplos de tácticas similares. El Ferrocarril del Oeste, cuya historia financiera he rehecho en uno de mis libros, fue transferido al extranjero gratuitamente, en condiciones ignominiosas. Para ser posible, esa operación fue precedida de una campaña de desprestigio, de la que es obligación nuestra instruirnos. El ex-gobernador de la provincia, Dr. Carlos D'Amico, resume así los hechos que precedieron a esa cesión en su libro: "Buenos Aires, sus hombres, su política": "El Ferrocarril del Oeste era el chiche, la gloria, el cariño de los porteños. Todo ese cuidado, todo ese anhelo, todo ese cariño, se justificaba porque esa vía había llevado la riqueza a la vasta zona que servía; porque era el esfuerzo del argentino, construida por ingenieros argentinos; porque los pasajeros eran tratados con la cortesía afec-

tuosa que no necesita la brutalidad de modales exóticos; porque su tarifa era la más baja de todas; porque tenía una escuela de mecánica para hijos del país y vastos talleres que mantenían miles de familias; porque sus líneas eran la escuela práctica de sus jóvenes ingenieros y, sobre todo, porque era la administración modelo de todo ferrocarril de la república, tanto por su exactitud proverbial como por la honradez escrupulosa con que se hacía y a la que no tenían inconvenientes en contribuir gratuitamente los hombres más notables". El gobernador Paz, que por influencias que no es nada difícil descubrir, decidió vender el ferrocarril "comprendió que sin una imperiosa necesidad, de esas que llaman de vida o muerte, jamás el pueblo de la provincia consentiría en venderlo". "Y empezó esa campaña de desorganización, de robos, de mal servicio, hasta que consiguió que no pagase sus gastos... Los diarios de la Capital Federal durante mucho tiempo daban cuenta de esas acciones bochornosas en sendos artículos titulados "Los grandes robos en los ferrocarriles de la provincia"... y cuando el desaliento había llegado a su último extremo y los viajeros obligados por su negocio echaron la culpa a los ferrocarriles... el gobernador Paz aprovechó la circunstancia para hacer pasar la ley disponiendo su venta al extranjero".

2) —¿...?

—Como se deduce de sus antecedentes y como es fácil inducirlo, por otra parte, la empresa mixta es una simple artimaña para que puedan sobrevivir las viejas empresas o las que aspiren a sustituirlas en el dominio nacional. La empresa mixta es una emboscada tendida simultáneamente a la independencia económica, a la soberanía política, a la justicia social y a la obra histórica de recuperación cumplida durante el gobierno del general Perón.

3) —¿...?

—Confío únicamente en el pueblo que ha sido ya aleccionado por el mismo general Perón en la estrecha correlación que guardan entre sí la justicia social y la soberanía política con la independencia económica. Por otra parte, los obreros argentinos, que constituyen la fuerza civil mejor organizada y poderosa, no deben cejar en su atención vigilante, no deben dejarse

temar por ninguna celada de me-
joría ocasional y recordar constan-
temente que son ellos los verdade-
ros albares de las conquistas logra-
das por la revolución peronista y
que la nacionalización de los ferro-
carriles, sin sociedades mixtas di-
simuladas, fue el primer paso inelu-
dible de la liberación económica
sin la cual —como bien lo ha dicho
Perón— no hay posibilidad alguna
de justicia social. Está en juego la
permanencia de una posibilidad pa-
ra la existencia de un destino lla-
mado a perdurar con caracteres
propios en la memoria del espíritu
humano.

4) —¿...?

Una de las arterias con que se
puede burlar al mismo tiempo la
vigilancia pública y el imperio del
artículo 40, es la sociedad mixta,
con la cual el Estado sin perder la
propiedad nominal de las empresas,
perderá el contralor práctico de
las mismas. La sociedad mixta fue
el ideal que presentaron como ob-
jetivo los falsos propugnadores de
la nacionalización ferroviaria que
proliferaron con el apoyo de las
empresas extranjeras en los prime-
ros años del gobierno del general
Perón. Empresa mixta fue la que
por diez mil libras esterlinas planeó
el ingenio combinatorio de Federico
Pinedo. Empresa mixta que incluía
en su ambición todos los transpor-
tes argentinos —ferroviarios, auto-
móviles, aéreos y fluviales— fue
la aconsejada por el doctor Miguel
Ángel Cárcano, embajador argen-
tino en Gran Bretaña. Y empresa
mixta, fue la que francamente pro-
puso al fin al gobierno argentino
el representante de todos los ferro-
carriles extranjeros, Sir Montague
Eddy.

5) —¿...?

La Sociedad mixta se presenta, "a
su debido tiempo", como la solu-
ción que resuelve simultáneamente
la artificialmente creada incapaci-
dad administrativa del Estado y la

urgente necesidad de renovar el ma-
terial absoluto, sin menoscabo "de
la psicología del pueblo argentino
que desea la nacionalización de los
ferrocarriles", según afirmaba sir
Montague Eddy. El "debido tiempo"
de que hablamos tiene, desgracia-
damente, muchos variados antece-
dentes en la historia argentina. Una
sociedad mixta es una sociedad anó-
nima, manejada por un directorio,
algunos de cuyos directores repre-
sentan al gobierno. Estos son sim-
ples empleados, honrados en el me-
jor de los casos, carentes por com-
pleto de fuerza propia, que sólo se
preocupan y sólo pueden preocu-
parse por su estabilidad en los car-
gos. ¿Qué pueden oponer a los re-
presentantes del interés privado
seleccionados por su energía, su ca-
rácter, su vitalidad, su penetración,
su habilidad y que tienen objetivos
precisos para cumplir, el apoyo de
los inmensos intereses que represen-
tan y el apoyo incondicional de la
diplomacia de sus países? Es como
esperar una solución zoológicamente
equitativa de una reunión en que
se ha encerrado un león y dos cor-
deros.

6) —¿...?

Conocemos las razones de los
propugnadores de tales empresas.
Se argumenta la conveniencia de
armonizar los diversos transportes,
impedir la superposición de servi-
cios, disminuir los gastos que **aca-**
rrean las múltiples administracio-
nes, servir más eficazmente al usua-
rio subrayando las ventajas de todo
orden que la organización de tipo
privado tiene sobre el pesado meca-
nismo burocrático. Pero lo cierto es
que esta curiosa innovación tendrá
toda la estructura y el alcance inte-
gral que deseaba para sus mandan-
tes sir Montague Eddy. **Ahora que,**
eso sí, esa colaboración del capital
extranjero, que podrá justificarse
con la más variada gama de argu-
cias sería —cuando ya la voluntad
del general Perón no impere en el
país— el plan más nefasto que pueda
haberse imaginado en contra de la
independencia económica nacional.

los trabajos y los días

NACIO en la ciudad de Corrientes, el 14 de febrero de 1898. Fueron sus padres Pedro Scalabrini y Ernestina Ortiz. La madre era de antigua raigambre enrierrriana, y el padre venia de una no menos vieja estirpe europea. Un hermano fué obispo de Piacenza y fundador de una orden religiosa: los scalabrininos, que hoy tiene dimensión internacional.

Don Pedro Scalabrini se casó en Paraná con doña Ernestina, con la que luego fué a vivir a Corrientes. Este hombre singular fue paleontólogo y profesor de filosofía. Es considerado el iniciador de los estudios de fósiles en la Mesopotamia argentina y fundó, en colaboración con Ambrosetti, el museo paleontológico de la región. En 1883 Ameghino publicó un estudio sobre sus descubrimientos titulado "Mamíferos fósiles del piso mesopotámico", donde analizó detalladamente los aportes de don Pedro. No es extraño que un hombre de disciplina científica educara a sus hijos por el mismo camino del estudio y la investigación. En ese sentido Raúl Scalabrini Ortiz fue el mejor de los ejemplos.

Raúl bajó a Buenos Aires e hizo sus estudios superiores en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Es entonces que con su espíritu inquieto, que sería una de las expresiones de su carácter, realizó en 1924 su primer viaje a Europa, en compañía de Ernesto Uriburu, quien luego se convertiría en un navegante famoso. El viaje lo hicieron en un barco carguero, y de su aventura obtuvieron ambos fundamentales enseñanzas que servirían luego para posibilitar sus propios fines concretos. Raúl Scalabrini Ortiz contaría en sus escritos los frutos de esa experiencia, que luego sería completada con su nuevo viaje al viejo continente, realizado en 1934, cuando ya había escrito y publicado "El hombre que está solo y espera", con el éxito conocido.

Su segundo y último alejamiento fué consagratorio para él, pues los principales periódicos del extranjero acogieron sus ensayos sobre lo argentino como cosa nueva y reveladora. Con el título general de "La tragedia argentina" publicaron sus trabajos el "Frankfurter Zeitung" (Alemania); "Le Monde" de Paris y "Living Age" de Nueva York.

A poco de su retorno se alistó en FORJA, donde comenzó a publicar una serie de cuadernos que hicieron época, y fueron el punto de partida para una nueva apreciación sobre la auténtica situación económica y social argentina. Puso a la vista de todo el público que detrás de una soberanía e independencia puramente nominal, se debatía un país sometido a los imperios económicos y semicolonial en su esencia.

Actuó un tiempo en "La Nación", "El Mundo" y "Noticias Gráficas"; en "El Hogar" hizo crítica teatral. Además fueron numerosas las publicaciones circunstanciales en las cuales aparecieron sus escritos de análisis e investigación, realizados todos con un sentido de la polémica muy particular, en razón de estar muy documentado. En 1935 participó en la fundación del periódico "Señales", donde en realidad inició la difusión de sus estudios sobre la economía nacional.

Con el diario "Reconquista", que vivió desde el 15 de noviembre al 25 de diciembre de 1939, se organiza definitivamente su implacable lucha antiimperialista.

Sus obras son numerosas, a partir de un intento inicial sobre "Errores que afectan a la taquimetría" de 1918; publica "La Manga" en 1923, cuentos y diálogos que revelan ya su posición metafísica frente al acontecer diario. Hasta que ocho años después aparece "El hombre que está solo y espera", editado por Gleizer, con el cual culmina una etapa de su vida y se prepara a iniciar su gran campaña por la restitución de los bienes nacionales.

Con el auspicio de FORJA, da a la imprenta los siguientes trabajos en forma de cuadernos: "Política británica" (1937), "El petróleo argentino", "Historia del Ferrocarril Central Córdoba" (1938), "Historia del primer empréstito argentino" (1939).

Con la editorial Reconquista publica dos libros fundamentales: "Política Británica en el Río de la Plata" e "Historia de los ferrocarriles argentinos" (1940).

Le siguen: "Los Ferrocarriles son del pueblo argentino", "La gota de agua", folleto sobre política internacional (1942), "Los Ferrocarriles deben ser argentinos" en 1947, final de una campaña por la nacionalización, al que precedieron dos trabajos: "Comisión pro nacionalización" (folleto) y "Defendamos los ferrocarriles del Estado", ambos en 1946, y un nuevo trabajo en cuaderno: "Los FF. CC. son argentinos".

En este año da a la imprenta "Tierra sin nada, tierra de profetas", devociones para el hombre argentino, una obra poemática fundamental para conocer su propia filosofía. "Identidad y línea histórica de Yrigoyen y Perón" y "El capital, el hombre y la propiedad en la vieja y la nueva Constitución argentina", aparecen el mismo año con el sello de Reconquista. "Perspectivas para una esperanza argentina" (1950) en "Hechos e Ideas" y "Aquí se aprende a defender la Patria" (1957), edición de la revista "Qué". Sus últimas campañas antiimperialistas las realizó en "El Líder" (1955), "El Federalista" (1955), "De Frente" (1956) y en la revista "Qué" (desde 1956 a 1958). Raúl Scalabrini Ortiz falleció en Olivos el 30 de mayo de 1959.